

LA COMPRENSIÓN SOCIOLÓGICA DE MARIANNE SCHNITGER SOBRE LA CIUDAD: DEBATE IMPLÍCITO CON MAX WEBER Y GEORG SIMMEL SOBRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

***The sociological comprehension of Marianne Schnitger about the city:
implied debate with Max Weber and Georg Simmel about the public and
private***

*A compreensão sociológica de Marianne Schnitger a respeito da cidade: debate
implícito com Max Weber e Georg Simmel sobre o público e o privado*

Felipe Gaytán Alcalá¹

Recibido: 10 de octubre de 2019.

Corregido: 7 de enero de 2020.

Aprobado: 23 de enero de 2020.

Resumen

El estudio de la ciudad moderna, en la Sociología Clásica, ha sido un punto de inflexión para comprender la transición de la comunidad tradicional a la sociedad moderna. Particularmente, Max Weber y Georg Simmel aportaron marcos comprensivos sobre los cambios de una racionalidad tradicional hacia una racionalidad orientada a fines, así como también la transformación de las formas de socialización en las grandes ciudades. La ciudad representa entonces, un diagnóstico de la modernidad relevante en la construcción de la Sociología. Sin embargo, es necesario incluir la participación de Marianne Schnitger en este diagnóstico y debate tanto con Simmel y Weber. Si bien ella no escribió directamente sobre la ciudad, no se debe soslayar su aportación al tema de la distinción entre lo público y privado, las emociones y sentimientos y la dimensión ética entre la calle y la casa. Marianne tuvo como escenario a Berlín, y desde ahí discutirá la subjetividad de la mujer y su relación con lo masculino, la ética y las emociones. En este texto analizo los argumentos

¹ Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. Profesor - Investigador, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad La Salle México. Líneas de investigación: cultura política y laicidad, secularización y teoría sociológica. Correo electrónico: felipe.gaytan@lasalle.mx

convergentes y divergentes que sobre la ciudad tuvieron tanto Weber, Simmel y Schnitger a partir de conceptos similares que habrán de contribuir a la teoría sociológica clásica.

Palabras claves: Ciudad, mujer, racionalidad, público y privado, ética, emociones.

Abstract

The study of the modern city in classical sociology has been a turning point to understand the transition from the traditional community to contemporary society. Notably Max Weber and Georg Simmel provided comprehensive frameworks on the changes from a conventional rationality towards goal-oriented rationality, as well as the transformation of forms of socialization in large cities. The city then represents a diagnosis of the relevant modernity in the construction of sociology. However, it is necessary to include the participation of Marianne Schnitger in this diagnosis and debate with both Simmel and Weber. Although she did not write directly about the city, her contribution to the issue of the distinction between public and private, emotions and feelings and the ethical dimension between the street and the house should not be overlooked. Marianne had Berlin as her stage, and from there, she will discuss the subjectivity of women and their relationship with the masculine, ethics, and emotions. In this text I analyze the convergent and divergent arguments that both Weber, Simmel, and Schnitger had on the city based on similar concepts that will contribute to classical sociological theory.

Keywords: City, woman, rationality, public and private, ethics, emotions.

Resumo

O estudo da cidade moderna na sociologia clássica foi um ponto de virada para entender a transição da comunidade tradicional para a sociedade moderna. Max Weber e Georg Simmel forneceram estruturas abrangentes sobre as mudanças de uma racionalidade tradicional em direção a uma racionalidade orientada a objetivos, bem como a transformação de formas de socialização nas grandes cidades. A cidade então representa um diagnóstico da modernidade relevante na construção da sociologia. No entanto, é necessário incluir a participação de Marianne Schnitger nesse diagnóstico e debate com Simmel e Weber. Embora ela não tenha escrito diretamente sobre a cidade, sua contribuição para a questão da distinção entre público e privado, emoções e sentimentos e a dimensão ética entre a rua e a casa não deve ser negligenciada. Marianne teve Berlim como palco e, a partir daí, discutirá a subjetividade das mulheres e sua relação com o masculino, a ética e as emoções. Este texto analisa os argumentos convergentes e divergentes que Weber, Simmel e Schnitger tiveram na cidade com base em conceitos semelhantes que contribuirão para a teoria Sociológica Clássica.

Palavras-chave: Cidade, mulher, racionalidade, público e privado, ética, emoções.

Robinson Crusoe, según Defoe, era minucioso hasta la obsesión: suprimió sentimientos y lo erótico del relato de su vida. Lo que él deseaba era medir el tiempo y el espacio, contar con la brújula, los mapas, la tinta y la pluma. Supuso que el orden era la medida del fundamento de la sociedad contemporánea.
(Citati 2006, 11)

Introducción

El desarrollo y crecimiento de la ciudad moderna en el capitalismo, derivó en un cambio hacia una racionalidad estratégica en las relaciones sociales y en procesos anímicos impersonales centrados más en intereses asociativos que en aspectos afectivos, de valores o comunitarios. Este proceso acelerado del crecimiento y complejidad de las ciudades, a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX, dio un marco propicio para el establecimiento de la Sociología Clásica como ciencia que buscaba comprender las transiciones entre lo tradicional y lo moderno, e interpretar las formas y tipos racionales sobre las cuales se establecerían nuevos acuerdos, valores y normas sociales que regularían los intercambios económicos y políticos, nuevos marcos morales y éticos en los comportamientos de las personas en este contexto de cambio.

Cabe recordar que fue en el contexto de la acelerada Revolución Industrial del XIX que se intensificaron los procesos de migración al campo hacia la ciudad, hubo un impulso creciente de industrialización y por ende de la urbanización donde se concentraba dichas industrias y en consecuencia sus mercados. La expansión del capitalismo no sólo fue en su forma de producción económica, también lo fue en sus patrones de consumo. Todo ello, cambió el espíritu de una época hacia la modernidad, generando con ello un punto de fuga en el que se fueron reconfigurando las formas culturales y morales de las comunidades y de las pequeñas ciudades fincadas sobre patrones afectivos y lazos de parentesco consanguíneo a grandes ciudades donde la asociación de intereses impersonales y formales no era ya a través de lazos afectivos sino instrumentales (Weber 1984).

Max Weber fue uno de los primeros sociólogos que analizaron los cambios históricos de las ciudades medievales europeas en ciudades

modernas, regidas desde el marco del capitalismo como fundamento racional para un desarrollo secular de las ciudades y una creciente racionalidad con arreglo a fines que daría pauta para la creación de esfera pública, el contrato legal y las formas jurídico-políticas del Estado moderno, a través de la figura del Ayuntamiento (Weber 1984, 556). En su análisis de la ciudad, lleva a cabo una comparación con los tipos históricos de otras ciudades como el califato en medio oriente y responde la pregunta sobre el cambio en la racionalidad económica que la ciudad medieval europea (particularmente puertos mercantiles) dio para sobrepasar al califato cuya organización era mucho más avanzada que la primera. La respuesta está en los procesos de diferenciación entre lo religioso y lo político, como también en la generación de un espacio público abierto entre grupos sociales y económicos distintos más allá de las referencias a clanes o linajes. La ciudad moderna en el capitalismo generó una ética distinta a la ética religiosa o afectiva, antes bien generó una ética de la retribución en el que los intercambios se daban en la mediación del contrato y el compromiso moral recíproco de cumplir las obligaciones contraídas por las partes so pena del descredito moral y la sanción jurídica (Weber 1984, 908). Abordaremos este punto con mayor énfasis en el segundo apartado.

Georg Simmel, en cambio, analizó la ciudad en sus transformaciones de la vida espiritual y cotidiana en su interior. Para él, la ciudad era la expresión del cosmopolitismo, la universalidad de una forma de socialización predominante en el mundo. Ello, por supuesto, por la creciente división del trabajo que llevaba a una especialización en la que afianzaba cada vez más un proceso de individuación que aislaba a los sujetos y hacia languidecer su personalidad en el espacio urbano y económico. La ciudad misma, era un espacio de intensa actividad nerviosa que provocaba múltiples emociones y sentimientos y frente a lo cual el individuo generaba una reserva e indiferencia en sus interacciones con sus semejantes (Simmel 1986, 6-7). Lo único que podía generar un vínculo común entre los ciudadanos era el dinero el cual transforma lo cualitativo en cuantitativo y establece intercambios estandarizados entre los distintos y distantes que habitan la urbe. Se genera, de esta manera, una dimensión racional del cálculo donde el sentimiento y la emoción se reserva para los grupos más cercanos y las relaciones más íntimas (Aguiluz 2005, 122).

En ambos casos, tanto Weber como Simmel, señalan este lugar como expresión del desarrollo y espíritu del capitalismo centrado en el mercado y en la racionalidad instrumental. Sin embargo, en las ciudades mismas no se puede soslayar que el elemento afectivo y emocional está presente y mueve las relaciones sociales, no como efectos secundarios sino como parte integral de las complejas relaciones sociales. Simmel lo reconoce con cierto pesimismo y Weber lo coloca como algo residual en los procedimientos formales-rationales . jurídico y económicos. de manera universal (Kalberg 2013, 250).

Richard Sennet, en su libro *El declive del hombre público*, señala que el hombre público es también aquel que presenta sus emociones ante los demás. Es, ante todo, expresión de nuestra condición humana expresar los sentimientos y emociones, llevar la casa a la plaza pública. Ciudad y civilidad, señala Sennet, proceden de una misma raíz semántica. Civilidad significa tratar a los demás como si fueran extraños para construir los vínculos sociales fincados en esa distancia social, aprendiendo a convivir y a generar lazos de confianza (Sennet 2011).

Es en esta comprensión de la ciudad que se pueden leer los textos de Marianne Schnitger (Marianne Weber)² quien, si bien no escribe directamente sobre este tema, sí discute sobre el efecto destructivo del capitalismo sobre el hogar al producir muchas cosas que anteriormente se hacían en el espacio doméstico donde las mujeres fueron expulsadas al trabajo industrial, cuestionando qué sucede con esa dimensión de lo femenino en el espacio público (Weber 1907, 128 y 129).

En este punto, mantendrá un debate con Simmel respecto a la cultura femenina y la cultura objetiva, y con Weber respecto al tema de una ética integral en contrapunto con la ética de la retribución. En todo ello, Marianne buscará establecer una distinción entre lo público y lo privado, entre el hogar y la calle, el tipo de profesión y servicio que las mujeres brindan en el espacio público desde una óptica de la emocionalidad y del querer antes que el deber impuesto como la esencia de la feminidad encerrada en el hogar.

² En el presente texto las referencias a Marianne Weber se presentarán como Marianne Schnitger usando su apellido de soltera. Las referencias de sus textos aparecerán como Marianne Weber mientras que en el cuerpo del texto utilizaremos el apellido de soltera.

La centralidad para pensar la ciudad en Marianne tiene dos grandes referentes de su experiencia vital. Primero, su vivencia cultural, religiosa y familiar implicada en la transformación de las ciudades alemanas con el advenimiento del desarrollo del capitalismo y la creciente industrialización (Weber 2011, 23-24). Berlín será su referente vital. Segundo, su activismo en el movimiento de mujeres de finales del siglo XIX y hasta la segunda década del XX. Su implicación a favor de los derechos de las mujeres en torno al matrimonio, divorcio, trabajo y profesión, incluso la maternidad, dejará una impronta sobre la comprensión de la mujer en la plaza pública y la calle y su continuidad en el hogar, en su papel en el ámbito doméstico y el servicio brindado (Weber 1996).

Para ella, las cuestiones afectivas serán importantes, la expresión de una moral integral para explicar los cambios entre el hogar y la calle, entre la casa y la fábrica pasará necesariamente por comprender el papel de la mujer en estos procesos de modernidad y su lugar tanto en el espacio público como en el privado materializados en la fábrica y en el hogar (*Idem*).

En el presente texto se compararán las perspectivas que sobre la ciudad y el papel de la mujer tienen las dimensiones éticas y afectivas en las relaciones sociales y en la construcción del espacio público. El método es comparativo entre las perspectivas de los autores (Weber, Simmel y Schnitger) partiendo de una misma matriz heurística sobre la comprensión de la racionalidad en la sociedad moderna. Encontrar las constantes y diferencias en el diagnóstico de la modernidad y su dinámica al interior de la ciudad en el horizonte comprensivo de los tipos de racionalidad de la acción social (valores, racional y afectiva) y las formas de socialización permitirá encontrar similitudes, diferencias y sobre todo el sentido que cada uno estableció en la distinción entre lo público y privado, la ética. En el caso de Marianne Schnitger, analizar cuál fue su aporte al análisis sobre la racionalidad de la mujer desde el concepto de lo femenino y de la acción de la mujer en la ciudad y en el hogar.

La estructura del documento consta de dos apartados. En el primero se reconstruye la distinción entre lo público y lo privado planteada tanto por Weber, Simmel y Marianne. Esto es importante, pues mientras Weber y Simmel buscan aprehender las dinámicas sociales en y desde la racionalidad de lo público, Marianne expone cómo las emociones y los

afectos se desarticulan y desanclan de lo privado (lo familiar e íntimo) y su exposición en la esfera pública.

Al interior de este primer apartado, el lector encontrará dos sub-apartados en donde se hace referencia a las actividades técnicas (productiva, negocio, dinero, trabajo y las obligaciones familiares) y relaciones sociales (contrato jurídico, anonimato, femenino en el espacio público) al interior de la ciudad comprendiendo como cada autor concibe los procesos de dislocación en el continuo espacio-tiempo entre el hogar y la plaza pública. Simmel y Weber señalan la especialización técnica y la racionalidad instrumental en el espacio público donde la socialización del hogar no tiene cabida. Sobre este punto, Marianne difiere en dicho diagnóstico. Para ella, las actividades técnicas y sociales de la ciudad invaden el hogar bajo la promesa de liberar de la carga, pero cuestiona si dicha promesa no será una doble carga para la mujer y, si el papel de la mujer en lo público seguirá enfatizando labores emocionales que antes se llevaban en casa pero que ahora se requieren en el exterior limitando la empatía como ocurre con los oficios de enfermera, profesora, secretaria, entre otras actividades que requieren la dimensión emocional (Weber 1997, 13).

En el segundo apartado se compara la dimensión ética en las actividades urbanas, despojada ahora de su dimensión empática que era propia de la vida familiar. Weber, señala enfáticamente una ética de la retribución que no es otra que la confianza del cumplimiento de lo pactado en los contratos. Simmel, tiene una perspectiva pesimista sobre el tema al señalar que la ciudad produce sólo un mínimo ético que la ciudad debido a la indiferencia y anonimato. Marianne, en cambio sostiene en una integridad ética, secuencia entre lo privado y lo público que puede ser generada por la empatía que la labor de la mujer genera a través de sus actividades públicas y los empleos asignados. Pero no es del todo optimista, pues considera que esa integridad ética ha jugado en contra de la mujer al imponerle un deber ser por encima del querer de cada una de las mujeres que ahora participan en la fuerza de trabajo (*Ibid.*, 13).

La pregunta guía se centra en dimensionar la contribución de Marianne Schnitger al estudio de la modernidad, a través de la distinción entre lo público y lo privado, que marca a la ciudad moderna colocando como eje articulador lo femenino y el rol de la mujer en ello. Todo ello en perspectiva comparada con lo que Max Weber y Georg Simmel aportaron a la misma

noción de la ciudad la cual habrá de ser un eje importante en la construcción de la Sociología Clásica, particularmente de la sociología comprensiva.

1. La ciudad moderna, entre lo público y lo privado

Es la ciudad el gran referente espacial sobre la cual se gesta el derrumbe de las viejas formas de racionalidad, fincadas en la tradición y la herencia. Es con el capitalismo que el espacio urbano se vuelve central en el surgimiento de una nueva ética racional instrumental, fincada en el individualismo antes que en los anteriores lazos comunitarios lo que cambiará las formas de organización económica y social, centrada más en una acción con arreglo a fines que en la tradición comunitaria y religiosa (Weber 1984, 552). Es lo que Weber señalaría como el desencantamiento del mundo, un proceso de secularización en el que las relaciones sociales no se fincan por los lazos consanguíneos o hereditarios sino por el intercambio en el mercado y las normas sociales del derecho moderno (Villegas 1986, 2).

Pero esta transformación en la organización no es algo meramente económico, también implicó mutaciones en los valores y normas comunitarios hacia valores orientados más a la asociación por interés donde los referentes éticos se centraban en las acciones individuales y las sanciones que desde el derecho positivo establecía por encima.

El cambio, en la orientación de los valores da cuenta de un espíritu de época y las transiciones por las que ocurre dichos cambios. Cabe recordar, señala Arendt, que los valores son productos sociales que no tienen significado propio, antes bien son productos que existen en la relativa realidad cambiante. El hombre produce sus valores sobre los cuales vive, experimenta, usa y juzga (Arendt 1996, 39).

Tanto para Simmel como para Weber y Schmitz, la ciudad representa ese tránsito en el que se revela de manera intensa nuevas formas de socialización y en el que se transita de lo comunitario a lo social. De igual forma, al interior de la propia forma de la ciudad se generan cambios y tensiones entre los espacios y tiempos referidos para la interacción y la vida cotidiana. Los tres autores construyen de manera primaria la dislocación entre lo público y lo privado, entre la calle y la casa. Algunos lo hacen de

manera explícita como Simmel al referir a la importancia del hogar y la metrópoli bajo el concepto de la cultura objetiva, mientras que Schnitger señala el papel de la mujer como dimensión transitiva entre el hogar y la calle revelando las tensiones entre el deber ser y el querer. Weber, en cambio no desarrolla el tema de lo privado y prefiere centrarse en la racionalidad de lo público, comprender la acción estratégica en la plaza pública y el mercado. Aunque cabe hacer notar que, si bien este autor no aborda directamente el tema del hogar en comprensión sobre la ciudad, si lo lleva a cabo en sus estudios sobre las comunidades políticas en los que refiere el tema de las comunidades domésticas y el patriarcado bajo los tipos de dominación tradicional (Weber 1984, 551).

Ordenaremos el diagnóstico que cada autor construye respecto a lo público y privado, las implicaciones afectivas y el rol de la mujer en dos grandes líneas: actividades técnicas vinculadas a un tipo de racionalidad de la eficiencia en la vida urbana y en las actividades relacionales que definen los marcos de convivencia y confianza entre los individuos que comparten el hogar y se encuentran en la calle.

a) Actividades técnicas: las actividades en la plaza pública y la responsabilidad de la casa

Las actividades técnicas refieren a la división del trabajo, la especialización acentuada en la ciudad que conforma la separación entre los ámbitos de la casa y el hogar y que van configurando la separación entre la subjetividad afectiva de los individuos y su situación u ocupación social objetiva (Bericat 2000, 152). Parsons adelantaba esta situación cuando analizaba la diferenciación social que la especialización generaba en la sociedad contemporánea al señalar que dicha especialización técnica no refería sólo a la actividad *in situ* sino al uso y funciones de los espacios: las actividades en la oficina y la fábrica se fijan impersonales, simplemente como actividades estratégicas orientadas al rendimiento, mientras que la casa es el ámbito afectivo y amoroso, espacio expresivo de nuestra intimidad. Ninguno de los dos se trastoca so pena de infringir un principio de funcionalidad entre ambos (Parsons 2011).

En este sentido, Max Weber aborda la ciudad como el espacio del desarrollo del capitalismo en el que el mercado juega un papel relevante,

no sólo como centro mercantil en el que se realizan las transacciones entre comerciantes sino como ámbito de producción en el que el artesano pasa a formar las famosas guildas o asociaciones de artesanos que producen las mercancías y derivaran en la especialización técnica de sus integrantes (Weber 1984, 933).

En este proceso de racionalización económica se genera un proceso de racionalidad del comportamiento atendiendo el trabajo especializado y estratégico, así como también la relación formal racional entre comerciantes y compradores llevada a cabo en la explanada de la plaza pública y/o el mercado.

Se establece entonces que la relación técnica en la ciudad genera dos procesos que se entrelazan: la especialización de los artesanos en el proceso de producción y las relaciones formales en el mercado. En ambos casos, Weber deja fuera cualquier elemento de afectividad en este tipo de relaciones sociales en el que predomina la orientación racional asociada a intereses que será expresada en la plaza pública. El hogar, como dimensión de la comunidad doméstica, no aparece con la fuerza conceptual y comprensiva en la lógica racional instrumental del capitalismo al interior de la ciudad donde Weber privilegia la economía y el derecho especializado en el intercambio. Menos aún aparece la mujer en ese escenario como sí lo hará Marianne en sus escritos. La ciudad es un área de especialización que no repara en las diferencias sexuales en la esfera de la vida social predominantemente en lo público (*Ibid.*, 939).

Simmel, en cambio, aborda el tema de la metrópoli a partir de la intensidad de la vida nerviosa provocada por los múltiples estímulos visuales y auditivos a los que ese exponen sus habitantes. Pero, más allá de esto, señala que la ciudad no sólo intensifica la vida, también la reorganiza a partir de una división del trabajo fincada en la especialización, en la que el individuo es reducido a una actividad parcelaria que anula su personalidad y vuelve a cada individuo en una mota de polvo frente a la organización y la producción misma. Es lo que denomina espíritu objetivo que separa los productos de sus creadores originales, donde la distancia social entre los que habitan la metrópoli encuentra un marco común sólo en formas objetivas que ellos ya no controlan, sino que son controlados. Tanto el dinero como el reloj de pulsera representan ese espíritu objetivo en el que los hombres se acercan entre sí y con las cosas. El dinero es el valor de intercambio que nivela toda

calidad a cantidad, todo afecto por el cálculo mientras que el reloj de pulsera sincroniza y coordina las múltiples relaciones sociales, pauta entonces los encuentros y acuerdos en el tiempo, más allá de los sentimientos y simpatías el tiempo establece límites a las convenciones en los encuentros (Simmel 1986, 6-7).

En el texto sobre la cultura femenina y otros ensayos, Simmel aborda el tema de la especialización del hombre en el trabajo señalando el desarrollo de una cultura objetiva donde la actividad productiva del hombre es separada de su personalidad y de sus emociones. Se ha separado lo objetivo (producción) de su subjetividad (personalidad). La objetividad se ha identificado con lo masculino, no como algo positivo sino como el dominio de las formas sociales sobre sus creadores. Es por eso que señala que la irrupción e inclusión de la mujer en el trabajo moderno se da a partir de una cultura subjetiva que le causa dolor y sufrimiento, situación que no le ocurre al hombre ya que la cultura objetiva escindió el trabajo de la personalidad. En cambio, la mujer involucra su ser en todo el proceso lo que le causa angustia y dolor pues su incorporación a esta división del trabajo es reciente y aún mantiene un pie en el ámbito del hogar aun cuando la especialización técnica y la producción de objetos que antes se producían en los hogares la haya arrojado a la fábrica y a la calle. La presencia de la mujer y su rol en la construcción de la cultura objetiva ha sido distorsionada, señala Simmel, ya que su inserción en el trabajo ha tenido que pasar por la masculinización de su presencia y por ende la contención de su feminidad en la fábrica (Simmel 1934, 15-16).

Por su parte, Marianne Schnitger escribe desde la reivindicación de la mujer a través de la profesión y el servicio. En ello, define algunas críticas hacia Simmel respecto al papel de la mujer en la división del trabajo, las profesiones y la invisibilidad de las actividades entre lo público y lo privado. Para Marianne, la división del trabajo y las actividades económicas han cambiado con la creciente industrialización, e impactado la dinámica de la casa y las labores domésticas que las mujeres realizaban previo a estos cambios. La máquina ha producido cosas y servicios automatizando muchas labores en la casa. Con ello, puntualiza, la mujer es expulsada del hogar y lanzada al trabajo económico lo que no necesariamente es algo positivo pues terminará siendo parte de la masa trabajadora y sus actividades serán desvalorizadas económicamente. El efecto de la creciente

industrialización obliga, entonces a redefinir el papel de la mujer en la sociedad, matrimonio y en su relación con la casa, tanto dentro como fuera de ella (Weber 2011).

En su argumentación, visibiliza la presencia de la mujer en la calle y la fábrica, lo cual hace creer ver en ello una independencia económica con la remuneración de su trabajo y la continuidad con las labores del hogar. Unificar la profesión con el hogar es una utopía que la división del trabajo pareciera proveer una utopía donde la mujer ocuparía un lugar en la plaza pública, en la calle y el mercado desarrollando las mismas habilidades que los hombres y el resguardo del hogar como un lugar de paz, donde tanto el hombre como la mujer regresarían con alegría (Weber 1997, 9).

Pero Marianne no se deja llevar por la ilusión de la continuidad entre lo público y lo privado. Señala que la continuidad del trabajo en el hogar sería una carga inviable y ajena al derecho vital. Si bien, las máquinas producen los bienes y cosas que antes se elaboraban en el hogar, ello no representa una ventaja para la mujer. Por el contrario, la expulsión del hogar no representa una liberación menos aún su independencia. Simplemente, pasa a engrosar las masas trabajadoras sin ventaja alguna y la coloca en una redefinición de su papel tanto en lo público y privado, como en su relación económica y afectiva (materna y de pareja). El desarrollo técnico en el capitalismo, léase en la ciudad, que provea servicios domésticos impersonales y efectivos como limpieza, alimentos etc. complementada con servicios públicos tales como el cuidado de niños en guarderías permitiendo el tránsito tanto emocional como estratégico de la mujer desde lo privado hacia lo público, desempeñando una profesión y no un trabajo mecánico que anule su personalidad (Weber 2011, 97).

Con esto, Marianne resuelve en parte la duda que para la mujer se le presenta entre el deber ser y el querer, entre cumplir las obligaciones domésticas y desempeñarse fuera del hogar. Para ilustrarlo pone de ejemplo el pensamiento laico de las guarderías donde las cuidadoras a cargo de un grupo de niños no pondrían el mismo afecto y sentimiento a cada uno de ellos, lo que podría ser cuestionable para la realidad de ese tiempo histórico. En este caso la implementación de la guardería no se centra en el cuidado de los niños sino en la libertad de la mujer haciendo la misma labor en el hogar, pero ahora remunerada y sin la carga emocional (Lengermann y Niebrugge 2019, 351).

b) Las actividades relacionales: afectos y emociones o la indiferencia en la ciudad

Las distinciones entre lo público y lo privado en la ciudad se fincan en las relaciones sociales, el encuentro con el otro quien es anónimo y distante. Weber, señaló con énfasis este encuentro en la explanada y el mercado, mediada por intereses y asociaciones instrumentales que no requerían una inversión emocional más allá de la confianza en la relación con la persona desconocida. Este tipo de encuentro entre anónimos y extraños, despojado de emocionalidad esta mediada por el derecho subjetivo, un contrato que permite establecer acuerdos y sanciones en la relación. Este derecho subjetivo a la vez esta tutelado por un órgano de gobierno que no es otro que el Ayuntamiento, instancia de poder integrada por la burguesía sustituyendo al terrateniente o al señor feudal en la gestión del espacio público donde se realizaban los acuerdos jurídicos. El ayuntamiento permitió integrar una burocracia especializada que regulaba las relaciones en función del derecho y no de la tradición, sancionando las relaciones entre los extraños, nativos y extranjeros, comerciantes y compradores (Weber 1984, 505).

La racionalidad estratégica fue delineando simultáneamente tanto lo jurídico, lo económico y lo político del espacio público. El contrato fue el eje de las relaciones económicas mientras que el reconocimiento político se dio a través de la construcción de la ciudadanía sustituyendo la pertenencia por usos y costumbres o por lazos de sangre. Este contexto, permitió un pluralismo social y filiaciones que fueron secularizando el espacio y con ello retirando todo efecto religioso o afectivo en las relaciones.

Para Weber, las relaciones en la ciudad se construyeron a partir de criterios objetivos e impersonales donde prevalecieron los procedimientos formales racionales sin distinción subjetiva o afectiva de las personas (Kalberg 2013, 250). Las relaciones por compasión tendrán peso en el ámbito privado, en las relaciones de amistad o familiares, pero no en la plaza ni en el mercado. Para Weber el tema de la participación de la mujer en la calle se someterá a los mismos procesos de racionalidad para los hombres en los intercambios y en el reconocimiento jurídico expresados en el contrato.

Por su parte, Simmel analiza la dimensión afectiva en la ciudad, la coloca como parte de un proceso que va distanciando al hombre de su creación y

termina dominándolo tal y como lo expresa bajo el concepto del espíritu objetivo. La exposición intensa a los estímulos nerviosos (economía, profesional o social) provoca que el individuo tenga la necesidad de no vincular su emoción a cada uno de estos estímulos que le inundan. En una ciudad pequeña estaría vinculado a la emoción de lo que acontece a su alrededor, no así en las grandes urbes donde uno debe ser selectivo y usar su intelecto para ello. Esto, conduce a la indiferencia de lo que ocurre entre los habitantes de la ciudad y a un fenómeno que denomina *Blasé* o hastío en el que cada individuo es incapaz de reaccionar a nuevos estímulos, generar estado de sorpresa o manifestar calidez, lo que sí haría alguien que visita por primera vez la ciudad. Este hastío es una característica que se expresa en la calle, en el espacio público (Simmel 1986, 8).

Ante la estimulación nerviosa intensa y el sentimiento de hastío, los ciudadanos, señala Simmel, generan un instinto de conservación a través de una actitud de reserva o desconfianza donde no expresan los sentimientos y mantienen distancia del mundo exterior y sus integrantes. Esta reserva se desactiva cuando el individuo se encuentra en círculos más íntimos o en su hogar donde las expresiones y los sentimientos fluyen y se deja de lado las defensas del exterior.

Siguiendo esta línea argumentativa, Simmel analiza las formas de socialización en la ciudad y sus consecuencias en el ámbito privado a través del papel de la mujer en el espíritu cultura objetiva. Para él, los movimientos feministas han ocupado el espacio público asumiendo formas masculinas sin darse cuenta de que eso les causará sufrimiento pues la cultura objetiva ha escindido al hombre en dos, separando su personalidad de su actividad laboral, volviendo el momento en que vive en algo externo y extraño, alejando sus sentimientos internos en su paso por las calles de la metrópoli (Osborne 1987, 105 y 106).

La mujer en cambio parte de la cultura subjetiva lo que significa que todo lo que hace y transforma lo hace desde su ser, es decir, involucra sentimientos y racionalidad como una unidad. Querer alcanzar o imitar lo masculino le trae dolor y sufrimiento porque su naturaleza es unitaria. Por tanto, lo femenino debe construir su presencia en la plaza pública a partir de la cultura objetiva, desde el ser y no del hacer en el que se muestren las sensibilidades y sentimiento en las distintas profesiones como las artes, la medicina, la educación, la escritura. En todas ellas, lo femenino apa-

rentemente conecta lo sensible y la empatía en el mundo en el que los hombres no podrían hacerlo al estar atrapados en la cultura objetiva (Simmel 1934).

La distinción entre la cultura subjetiva y objetiva puede ser observada en la forma de usar y ocupar el espacio urbano, en la distinción entre la casa y la calle. Simmel, señala que las mujeres y los movimientos feministas se han quedado en cuatro paredes, recluidas en y desde lo privado mientras que los hombres se mueven en espacios cambiantes que la mirada no domina fácilmente, lo que se denominará en el texto de la ciudad como la intensidad de la estimulación nerviosa y por ende deriva entonces en el síndrome del hastío y de la reserva. La forma de sentir el espacio, por parte de las mujeres, es especial. Es una relación entre la intimidad sin espacio en lo privado y la exterioridad intuitiva en la calle (*Ibid.*, 35-36)

En esta dualidad, la mujer debe construir su relación con la ciudad de una manera distinta que el hombre. La casa es un mundo vital donde se condensa la existencia. A diferencia del Estado, que opera en la externalidad y en el que confluyen múltiples intereses, la casa integra momentos de vida donde se da forma a los intereses personales y donde los valores adquieren sentido y significado. La mujer, según Simmel, tuvo la hazaña de crear este mundo universal denominado hogar. Ahí radica su ser y sensibilidad hacia el mundo, significa la vida entera plasmada en lo doméstico. Para el hombre, en cambio, la casa es un fragmento de su existencia pues su actividad y expansión en lo público lo hace cambiante y siempre en punto de fuga. Se distingue, pues una dualidad por género según Simmel: las mujeres y el hogar significa permanencia, el hombre es expansivo al interior y se despliega al exterior de la casa.

Esta dualidad hace el complemento de la existencia humana: cambio y permanencia. El hombre es exterioridad en lo público mientras que la mujer domina su reino del afecto y la empatía que es el hogar. Sin embargo, la mujer, a diferencia del hombre, es también un puente de transición entre lo público y lo privado en la vida de la ciudad. Ellas imprimen alma en la vida de los hombres y eso influye en la cultura objetiva. Pero también las mujeres aportan su ser en la cultura objetiva suavizando las costumbres a través de las profesiones en las que participan en el exterior. Este tránsito permite entender las formas en que las mujeres introducen el mundo afectivo en la ciudad y la racionalidad al espacio privado.

Marianne Schnitger tomará distancia de las posiciones tanto de Weber y criticará los argumentos de Simmel quien convierte lo femenino en esencia anclado a la dimensión del hogar y la emocionalidad (Weber 2011, 131 y 132).

Si bien la ciudad ha secularizado las relaciones sociales tanto en la plaza pública como en el mercado lo cierto es, también, que no se puede neutralizar el componente sexual y sus implicaciones en dichas relaciones. Todo intercambio ya sea profesional, laboral o comercial tiene un componente que en el capitalismo se ha construido entre la máquina y el hombre en el que es un engranaje más.

Si bien es cierto que la mujer forma parte de esa masa trabajadora, también lo es que sus características rebasan con mucho formar parte de ese engranaje sin más como ocurre con los hombres. Por sus características, la mujer mantiene una ventaja en su fuerza espiritual y jovial que las coloca en otro nivel más allá de lo que Weber señala como el contrato o el intercambio impersonal. Esa fuerza está en el tipo de actividades que lleva a cabo en lo público como es el servicio más que la producción en la fábrica y el dominio de la máquina. El servicio es, ante todo, una actividad cuyo contenido no es la creación o reproducción de objetos, antes bien está orientado a la atención de la vida, hacia las personas con las que se relaciona. La mujer, a través del servicio, como oficio se revela en su participación laboral en los juzgados, hospitales, escuelas y todo servicio orientado a las relaciones sociales y afectivas que habrán de mantener el funcionamiento de la vida en la ciudad (*Ibid.*, 144).

Se resuelve una subjetividad afectiva y una situación social objetiva de la mujer, donde se participa de manera simultánea en una racionalidad estratégica lucrativa e introduce elementos emocionales que soportan y dan sentido a las actividades sancionadas por el derecho, el mercado o simplemente habilitan la vida pública y colectiva de la urbe desde la cercanía de lo vivo, de las personas y no de los objetos (Bericat 2000, 152). La acción con arreglo a valores y la acción afectiva tienen lugar en la ciudad complementando la perspectiva weberiana sobre el predominio de la acción con arreglo a fines.

La respuesta de Marianne a la perspectiva simmeliana es aún más contundente. Rechaza el esencialismo en el que se quiere encasillar a la mujer en la sociedad y el papel que ella realiza en el hogar. Sentencia que

de ser las labores del hogar una condición natural de lo femenino no habría razón alguna para enseñarlo pues ya es innato, como tampoco hay profesiones dirigidas por su sensibilidad y emocionalidad asignadas a las mujeres de forma exclusiva. Por el contrario, el argumento deriva en trabajos o actividades fuera del hogar no tienen una condición sexista *per se* (Weber 2011, 145). Antes bien es una elección de profesión en el que la mujer, colocada por el desarrollo capitalista entre el hogar y el trabajo, la lleva a una disyuntiva entre el deber y el querer: i) deber vinculado orgánicamente al hogar o a profesiones de mujeres y; ii) el querer reivindicado por ella, que no es otro que la elección libre del ejercicio de una actividad en el espacio público no orientado por la mera necesidad de subsistencia sino por un llamado de una voz interna indicando la capacidad personal de ser en el público: maestra, enfermera, jurista, etc. Pareciera existir una paradoja entre el tema de la profesión y el servicio, entre el querer y el deber de ayudar a los otros. Nada más lejano a ello pues la profesión es la libre elección de la mujer de participar en la economía y el servicio es sólo propensión (que no determinación) de las actividades sincrónicas de atención al otro. Esto no obvia que ella pueda estar frente a la máquina o diluirse en la masa de trabajadoras que representan una importante fuente de mano de obra barata.

Marianne misma reconoce que la propensión en el servicio tiene su raíz en un nivel inferior como lo doméstico pues, por tradición, la mujer desempeñó estas funciones, ahora quebrantadas con el advenimiento del capitalismo y que como ramas de un árbol abre las posibilidades para las profesiones de la mujer hacia niveles superiores (Weber 1997, 68 y 69).

2. La dimensión ética en las relaciones sociales en la ciudad: de la racionalidad estratégica de Weber y Simmel a la integridad ética desde lo emocional de Marianne

El diagnóstico de la ciudad incluye también comprender su dimensión ética en el que se construye la racionalidad de las acciones sociales tanto en lo público como en lo privado y el papel de la mujer en ello. Schnitger, insistió en sus distintos textos sobre una integridad ética y sexual en el rol que lo sexual significa en lo público. Desde esta perspectiva toma distancia tanto de Weber con su análisis sobre la ética de la retribución que rige los

intercambios en la ciudad, como la perspectiva del mínimo ético que plantea Simmel en su análisis sobre la distancia de los habitantes de la ciudad que mantienen entre ellos derivado de la indiferencia y hastío que manifiestan frente a la intensidad de los estímulos nerviosos y al espíritu objetivo que, a través de la especialización, hace languidecer la personalidad de los individuos.

En sus análisis sobre la ciudad, Max Weber introduce una dimensión ética que se distancia de los tipos desarrollados en sus textos de *El político y el científico*, así como en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, los cuales refieren a la *ética de la responsabilidad y la ética de fines*. El proceso de secularización de la ciudad implicó redefinir los marcos de intercambio no cómo algo meramente instrumental. La generación de confianza ya no estaba dada en la promesa fincada en la nobleza o bajo el principio de la fe, bajo la férula del rigorismo moral de una ética de la convicción (Weber 1984, 425) como tampoco, se radicalizaría hacia la sanción punitiva del derecho en el incumplimiento del contrato como sería el actuar a partir de una ética de la responsabilidad. Se dio paso entonces, a una ética de la retribución.

El mercado como la explanada pública a través de sus complejas relaciones de intercambio entre personas distintas, con una moralidad distante, facilitó que el tema moral no fuera el principio que marcará dichos intercambios sino el de retribución (*Ibid.*, 479). Las relaciones cruzadas y los intercambios económicos entre católicos, puritanos y judíos obligaron a cada grupo a salirse de su propia comprensión ética y aceptar el intercambio con los otros distintos y distantes. Por ejemplo, para los judíos era inadmisibles relaciones e intercambios de algunas mercancías y en ciertos días de la semana. En cambio, para el puritano su rigurosidad ética podía cuestionar las formas de trabajo y de ganancia laxas del judío en su obtención de ganancia mientras que para el católico su actuar se guiaba por la distinción del pecado y de los lineamientos de la iglesia en su trato tanto con los judíos como con los puritanos. Pero las actividades públicas en la ciudad tenían que trascender y despojarse de los sueños extáticos que cada grupo religioso se planteaba para sí.

Fue el propio desarrollo de la burguesía, alejada de los cánones morales tradicionales, la que construyó una labor racional del mercado en el que transparentaba la relación entre fin, medio, éxito o fracaso haciendo

aparecer todo esto como inteligible en las transacciones comerciales, los tratos públicos, en la producción y relación con consumidores. Esto permitió una ética intramundana fincada en la retribución, en la correspondencia mutua de hacer transparente y confiable los acuerdos entre los concursantes en la relación social.

Esto permitió generar confianza en el cumplimiento de los mismos y, en caso contrario, una sanción ética por su transparencia y la salida vergonzosa. La ética de la retribución permitió una continua profesionalización en la labor del cliente y los productores, del obrero en su actuar público y en las relaciones en el espacio público al construir el concepto del *Leber+cumplir* como fundamento del modo de vivir tanto en la plaza como en la casa. Aún hoy, esta ética de la retribución sigue siendo un referente en el capitalismo moderno.

Simmel, en cambio, ve en la ciudad que en las relaciones sociales se cumple un mínimo ético derivado de la especialización en la división del trabajo y de la intensidad de los estímulos nerviosos que ha provocado que la personalidad se escinda de las actividades realizadas en relacionales en el espacio público. Este mínimo mueve a lo que ha denominado una actitud de reserva en el que el hombre se vuelve indiferente de lo que sucede con los demás y viceversa. La reserva permite un margen de seguridad frente a los desconocidos y extraños y se relacionará con ellos a través de marcos comunes como los que proporciona el dinero (intercambios monetarios en las actividades) y la sincronía de las actividades a través del tiempo cronometrado de los relojes de pulsera. Dinero y reloj permite vincular a las personas en un mínimo ético de reconocimiento al interior de la ciudad, siendo el intelecto (racionalidad) lo que prevalece en las relaciones y en menor medida la empatía y simpatía emocional por el otro, simpatía y afinidad emocional que se reservará para las interacciones en círculos familiares y de amistad próximos.

De ahí que en la cultura femenina Simmel señala que la irrupción de la mujer en el espacio público, como trabajadora (y ciudadana) le causa conflicto pues pone en juego todo su ser, su emocionalidad y racionalidad simultáneamente, no escindida como el hombre. Esto no significa que la mujer sea débil, sino que pone en juego el ser mientras que el hombre libra la batalla con el hacer o estar haciendo (Osborne 1987, 108). Para Simmel, la mujer aspira a las buenas costumbres y el vínculo sentimental mientras

que el hombre se coloca en la reserva ante el mundo y frente a los otros. Existe entonces una oposición efectiva entre la esencia de la mujer y el mundo exterior desde donde podemos entender la división sexual del trabajo como lo público para el hombre y lo privado para la mujer señalado en el apartado en el que considera que el hogar es el gran producto de la mujer tan poco propensa a la objetivación de la vida, es decir a escindir su ser como ocurre con el hombre en la ciudad (Simmel 1934, 47).

La ética para Marianne tiene una lógica que trasciende lo meramente racional para apostar por una integridad ética en el que se sintetice lo público y privado a través de una reconversión de la cultura subjetiva que es poner en sintonía el hacer y el actuar, en la incorporación de lo objetivo-racional en las almas de los hombres y mujeres y, viceversa, imprimir lo vivo (sentimiento y afecto) en lo objetivo que es la fábrica y la calle. Recurre a la analogía del lago para ejemplificarlo: de las profundidades del lago pocos hombres podrán sacar alimento espiritual (hogar-femenino), pero abriendo canales se podrán irrigar la tierra (hombres) para crecer. Pero ese lago requiere de la tierra para contenerse y seguir produciendo lo que el alma necesita, es decir del hombre hacia el hogar (Weber 2011, 161).

En este sentido, si la mujer se colocara en la perspectiva de una ética de la retribución sería algo más que un compromiso entre individuos racionales con moralidades distintas que han construido el compromiso y la confianza en los tratos y acuerdos como un modo de vida en lo público y lo privado. Esa misma ética de la retribución, tendría un componente sexual en el tipo de labores que las mujeres llevan cabo a través de los distintas profesiones que desempeñan libremente y por deseo que, a su vez, les proporcionarían un medio de subsistencia, un lucro por el cual pueden alcanzar su independencia económica. Esas profesiones no son cualquiera, ni siquiera aquellas que el hombre no puede realizar. Son profesiones orientadas al servicio hacia los demás, particularmente a lo vivo. Enfermeras, maestras, juristas, servicio doméstico, todas ellas en su servicio parten de la retribución de su trabajo, no sólo en el sentido económico como remuneración sino por los vínculos de confianza y empatía que genera con las otras personas a las que atienden. Ese modo de vivir se vuelve transparente y sujeto a juicios que habrán de retribuirse entre la prestadora del servicio y el cliente.

Para Marianne la empatía que produce el actuar de la mujer en el espacio público trasciende el mínimo ético de Simmel. No es meramente que el hombre este escindido y que la mujer se confronte al colocar su ser unitario (razón y emoción) en el espacio público. La mujer no está atada por naturaleza al ámbito doméstico y la cuestiona al plantear asumir la conciencia pública de lo que implica el tránsito de la casa a la fábrica y a la calle más allá de glorificar y añorar la importancia del trabajo doméstico como antítesis del trabajo objetivado y las relaciones impersonales en la plaza pública.

Propone entonces una ética integral en el que habrá de comprenderse la simultaneidad de la liberación sexual en las relaciones entre hombres y mujeres con la cuestión social de la división del trabajo y la impersonalidad e indiferencia de la ciudad y la fábrica. Para ella el capitalismo no ha representado una nueva esfera de valores sino una carencia de ellos en hombres y mujeres en el que esos valores han desaparecido de la vida pública (*Ibid.*, 229).

Su diagnóstico sobre la pérdida de valores y sentimientos en las grandes urbes derivado del desarrollo capitalista no deja lugar a dudas sobre su preocupación por la integridad ética. Señala que la aglomeración de individuos en las grandes urbes trajo consigo el desarraigo social de las formas morales tradicionales las cuales no han encontrado algo que las reemplace. Sumado a ello la escasez de distracciones y diversiones ha venido a incrementar el alcoholismo y la miseria económica y con ello la incertidumbre. Por ello, señala, el problema moral y ético no es un tema de personalidad sino una cuestión social que habrá de analizarse y resolverse con una política social (*Ibid.*, 119).

Para alcanzar tal propósito ve, en la liberación sexual y el papel de la mujer en la cultura objetiva, la posibilidad de reconvertir una ética instrumental, transformar el individualismo racional por un individualismo moral (nombrado de esa manera por Durkheim en una reseña que escribió sobre uno de los textos de Marianne) que implica la centralidad de las emociones en la concepción de la acción social (Weber 2011, 28). Dicha acción social con arreglo a valores estaría centrada en la acción de las mujeres desde la autonomía moral respecto de los hombres buscando trascender las condiciones meramente instrumentales en la sociedad capitalista para dar paso a las emociones y sentimientos que las mujeres generan en su actuar en la calle y en la fábrica.

El individualismo moral reivindica el componente emocional y de valores en la acción femenina, pero desvincula el considerar lo sentimental como algo natural y constitutivo de lo femenino. Por el contrario, busca comprender como un tipo de acción con arreglo a valores y afectiva que prevaleció en el ámbito doméstico transitó a lo público en el contexto de las grandes ciudades y fábricas capitalistas y cómo este tipo de acción transformó las relaciones entre los sexos, particularmente el sentido mentado de la acción de la mujer en el espacio público.

Marianne en sus distintos escritos es insistente en señalar la dimensión de la ética sexual en las relaciones de familia y de pareja, en las consecuencias no deseadas cuando la mujer conjuga su la profesión y el matrimonio que la conducirá a replantear su papel en la construcción social de la mujer en la cultura objetiva (Weber 1997, 68).

En la mayor parte de sus escritos busca comprender las relaciones sociales a partir de una racionalidad con arreglo a valores y orientada a la afectividad que marca la condición de la mujer y que la conduce de la cultura subjetiva hacia cultura objetiva, del hogar a la fábrica. Su propuesta de una integridad ética se finca en la dualidad de la mujer que transita entre lo racional-instrumental por un lado y los afectos y sentimientos por el otro, diagnóstico que años después Talcott Parsons definirá como procesos de modernización que deriva en la especialización de roles en la ciudad, especialización que separa la casa de la calle, el amor de familia de la indiferencia con los compañeros de oficina, la emoción y sentimientos con los que amamos de la indiferencia de caminar con los extraños en la plaza pública (Parsons 2011, 77 y 78).

Pero Marianne, a diferencia del pesimismo parsoniano de los años posteriores, señaló que la acción de la mujer en el hogar y en la fábrica puede ser perfecta y simultáneamente instrumental como afectiva, incorporar la eficacia de las máquinas en el hogar sin perder los afectos y empatía cuando realiza la prestación de servicios a otras personas que no son su familia, ya sea como profesora, enfermera, jueza, asistente, etc.

El planteamiento de la integridad ética le permitió establecer el tránsito recíproco y simultáneo entre lo público y lo privado donde la mujer puede ser racional en el hogar y empática en sus oficios (Weber 2011, 119). Con ello rompe el sentido esencialista de encasillar a la mujer en el hogar y al hombre en la calle, analizar la posibilidad de la reversibilidad de la cultura

subjetiva modificando el estado anímico de la plaza pública y la cultura objetiva entrando al hogar racionalizando las labores domésticas. Lo femenino se convierte en el eje articulador de estas transiciones a través de la cultura subjetiva en el que la mujer nunca se despoja de sus afectos y sentimientos construidos en y desde el hogar como tampoco rechaza la racionalidad instrumental exigida en el espacio público.

Esto lo reafirma cuando analiza el cambio jurídico sobre el matrimonio y el divorcio de su época. Ella no concebía que el avance de la Ilustración no se expresara también en la autonomía de la mujer quien, a pesar de desempeñarse como trabajadora de la fábrica o en un oficio, siguiera dependiendo jurídicamente del hombre y bajo la exigencia de cumplir las tareas domésticas.

El matrimonio seguía siendo un contrato en el que la mujer cedía parte de su autonomía al hombre sin derecho a nada. Cesión que no reconocía al enlace conyugal como un acuerdo voluntario con autonomía moral de la misma mujer para desempeñarse fuera y dentro del hogar sin la regulación masculina. Marianne vio en el divorcio un sentido racional con arreglo a fines al facilitar la transición de la mujer del hogar hacia el exterior sin dependencia de hombre, más aún cuando su trabajo y su profesión le brindaba la libertad económica y la libertad de elegir también en lo sexual, más allá de la moral cristiana burguesa que calificaba el comportamiento de las mujeres solamente por su propensión a la maternidad, al vínculo conyugal y a las labores domésticas (*Ibid.*, 115-116).

Si bien ella planteó lo femenino en su tránsito de lo privado a lo público, también lo hizo en sentido inverso. Propuso la defensa y obtención de los derechos de las mujeres en el trabajo como también pensar las consecuencias que el trabajo tiene en las mujeres trabajadoras que después de su labor tienen que atender las actividades domésticas, manifestando cansancio y sobreexplotación al tener que cumplir su rol de madre con los hijos además de atender otras actividades.

Marianne siempre partió de la firme convicción de que el respeto a la mujer como ser humano que va más allá de la cuestión sexual, tendrá un impacto en la cultura moral del hombre y en la redefinición de los valores éticos y sentimentales de las que tanto Weber como Simmel plantearon de forma sombría desde una racionalidad imposible de escapar de ella.

Conclusiones

El estudio de la ciudad marcó una perspectiva decisiva para la Sociología Clásica en general, y para la sociología comprensiva y relacional en lo particular. El diagnóstico de la modernidad de la urbe permitió comprender el despliegue de los distintos tipos de acción racional y la transformación de las formas de socialización que se alejaban rápidamente de los vínculos tradicionales tanto en las relaciones sociales como morales.

Max Weber y Georg Simmel aportaron un análisis sobre la importancia que tuvo la división del trabajo, el crecimiento del mercado y la sincronía de las actividades económicas y sociales para la racionalidad de la vida moderna. Cada uno definió marcos conceptuales y metodológicos distintos, pero no distantes que le permitieron ir más allá de los cambios materiales y sociales de la ciudad para comprender el nuevo espíritu de época que se gestaba: Weber desde los tipos de racionalidad en las relaciones sociales; Simmel desde las formas de socialización transitorias que habrían de convertirse en formas permanentes y distintivas de la sociedad moderna. Desde el derecho en su forma subjetiva y objetiva, la regulación relacional a través de los contratos, la generalización de la forma del dinero y del tiempo cronometrado dieron forma a la metrópoli, a la fábrica, al mercado en general, todo ello sintetizó el estudio de la ciudad como objeto de la sociología comprensiva.

Pero el diagnóstico de la modernidad se encontraba incompleto si no se distingue entre lo público y lo privado. Weber se concentra en la racionalidad instrumental del espacio público de la ciudad. Deja lo privado como punto de inflexión de la tradición al analizar las formas de dominación política en la que destaca las comunidades domésticas.

Simmel, en cambio, coloca la modernidad en la calle, en la plaza, hacia lo público. Insiste en el hastío, la reserva, la indiferencia en las relaciones sociales. Habla desde la escisión entre la personalidad y su forma de socialización en la división del trabajo expresada en la especialización. Para él los vínculos afectivos son sustituidos por esquemas comunes, objetivados e impersonales como el dinero y el reloj. Si bien en su texto sobre la metrópoli y el intelecto no desarrolla la idea de lo privado sí lo hará en la cuestión femenina en el que aborda el tema de la casa y el uso del espacio entre el hombre y la mujer estableciendo el mundo privado como el mundo femenino

que es arrojado al exterior por la división del trabajo y el capitalismo. La modernidad pareciera dividir el mundo de lo público y lo privado como el mundo esencialista entre la cultura objetiva y la cultura subjetiva, entre hombre y mujer.

Marianne Schnitger trasciende ambas posiciones dualistas. Sus textos abordan las transiciones, no entre lo tradicional y lo moderno, sino entre lo privado y lo público en las acciones orientadas a valores y acciones afectivas hacia acciones con arreglo afines. Lo femenino del hogar (cocina, maternidad, relación conyugal) no eran condiciones naturales para definir el sentido de la acción social de la mujer y su irrupción como trabajadora no fue una consecuencia no deseada por el capitalismo (Lengermann y Niebrugge 2019, 381-382).

Desde lo privado la mujer irrumpe en lo público a través de los sentimientos y la subjetividad, desde su ser a través de las profesiones que desempeña orientadas al servicio, vocación que se puede rastrear en las labores inferiores domésticas y que en su desarrollo llegarán a trascender su condición sexual para tener un sentido humano de las profesiones: maestras, enfermeras, juristas, tienen como característica la relación con lo vivo desde lo cercano y lo lejano, cercano por la relación con los demás, lejano porque no implica involucramiento emocional como en el hogar.

Su propuesta conceptual sobre la acción afectiva y el individualismo moral permite comprender la complejidad de la acción social en un contexto en el que pareciera se impone sólo una interpretación racional instrumental sobre otras perspectivas. Marianne Schnitger no habla sólo desde lo femenino ni de la condición de la mujer. Ella busca comprender la acción social de las mujeres en ámbitos y espacios que no pueden ser reducidos a la racionalidad moderna, la cual parece despojar todo sentido ético y emocional a la cuestión social. Merece por derecho propio ser parte la sociología clásica comprensiva junto con los dos autores aquí analizados y ser parte del diagnóstico de la modernidad que caracteriza a la Sociología Clásica.

Bibliografía

- Aguiluz, Maya. 2011. Escritura en fuga, introducción a Marianne Weber. En *Marianne Weber, ensayos selectos*, Maya Aguiluz (ed.), México: CEIICH-UNAM.
- Aguiluz, Maya. 2005. GS o mirar los cuerpos sociales y emociones desde Georg Simmel, *Revista LiminaR*, núm.3, 120-132, México: CESMECA-UNICACH. doi: <https://dx.doi.org/10.29043/liminar.v3i1.173>
- Arendt, Hannah. 1996. *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Ediciones Península.
- Bericat Alastuey, Eduardo. 2000. La sociología de la emoción y la emoción en la sociología, *Papers: Revista de Sociología*, núm. 62, 145-176. Espanya: Departament de Sociologia, Facultat de Ciències Polítiques i de Sociologia, Universitat Autònoma de Barcelona. doi: <https://www.raco.cat/index.php/Papers/article/view/25603>
- Citati, Pietro. 2008. *El mal absoluto en el corazón de la novela del siglo XIX*, Barcelona: Ediciones Galaxia Gutenberg.
- Gil Villegas, Francisco. 1986. Max Weber y Georg Simmel, *Sociológica*, año 1, núm. 1, 1-6, México: UAM-Azcapotzalco. doi: <http://www.sociologica.mexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/1104/1076>
- Kalberg, Stephen. 2013. La sociología weberiana de las emociones: un análisis preliminar, *Sociológica*, vol. 28, núm. 78, 243-260, México: UAM-Azcapotzalco doi: <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/57>.
- Lengermann, Patricia y Niebrugge, Gillian. 2019. *Fundadoras de la Sociología y la teoría social 1830 . 1930*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Osborne, Raquel. 1987. Simmel y la cultura femenina: las múltiples lecturas de unos viejos textos. *Revista española de investigaciones sociológicas*, núm. 40, 97-112.
- Parsons, Talcott. 2011. *El sistema social*, Madrid: Alianza Editorial.
- Sennet, Richard. 2011. *El declive del hombre público*, Madrid: Editorial Anagrama.
- Simmel Georg. 1986. Las grandes ciudades y la vida del espíritu, *Cuadernos Políticos*, núm. 45, 5-10. México: Editorial Era. doi: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.45/45.3.GeorgSimmel.pdf>

- Simmel, Georg. 1934. La cultura femenina y otros ensayos, *Revista de Occidente*, 324. Madrid: doi: <https://kolectivoporoto.cl/wp-content/uploads/2015/11/Simmel-George-Cultura-Femenina.pdf>
- Weber, Marianne. [1905] 2011. Profesión y matrimonio. En *Marianne Weber: ensayos selectos*, Maya Aguiluz (ed.), México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Weber, Marianne. [1907] 2011. Acerca de los principios de la ética sexual. En *Marianne Weber: ensayos selectos*, Maya Aguiluz (ed.), México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Weber, Marianne. [1913] 2011. La mujer y la cultura objetiva. En *Marianne Weber: ensayos selectos*, Maya Aguiluz (ed.), México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Weber, Marianne. 1996. *Biografía de Max Weber*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Marianne. 1997. Types of academic women. En *Selections from Marianne Weber: Reflections on Women and Women's Issues*, 67-73. Germany: Tübingen J.C.B. Mohr.
- Weber, Marianne. 1997. The forces shaping sexual life. En *Selections from Marianne Weber: Reflections on Women and Women's Issues*, 59-66. Germany: Tübingen J.C.B. Mohr.
- Weber, Marianne. 1997. Women's special cultural tasks, En *Selections from Marianne Weber: Reflections on Women and Women's Issues*, 1-26. Germany: Tübingen J.C.B. Mohr.
- Weber, Max. 1984. *Economía y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.

Claves de lectura comparada sobre la ciudad moderna: la distinción entre lo público y privado entre Max Weber, Georg Simmel y Marianne Schnitger.

Dimensiones	Weber	Simmel	Schnitger
Ciudad	Explanada pública/ Mercado / El derecho subjetivo y objetivo orienta las acciones sociales estratégicamente.	Intensidad de estímulos nerviosos/ marcos comunes regidos por la cuantificación del dinero y la sincronía expresada en el reloj de pulsera.	No tiene un estudio propio sobre la ciudad, pero la distinción la construye entre la cultura objetiva y subjetiva de Simmel, entre lo público y lo privado donde se ha encasillado lo femenino en lo subjetivo y en el hogar. Su escrito asume el sentido de la acción social afectiva y valoral de la mujer para comprender el tránsito en la sociedad moderna.
Mujer / femenino	La racionalización de las relaciones sociales en la ciudad (mercado y la plaza pública) neutraliza las distinciones entre géneros.	Portadora de la cultura subjetiva. La esencia femenina es lo unitario del ser a diferencia del hombre escindido por la cultura objetiva.	La mujer no debe ser definida por su sexo y género, ni por la procreación como tampoco por su equiparación con lo bueno. Ella siente y vive la vida en cuanto tal y tiene la tarea apremiante de buscar ser algo y realizar su ser de acuerdo con una idea.
Espacio público	Procedimientos formal-rationales de la acción social.	Actitud de reserva y un sentimiento de hastío hacia lo que acontece. Indiferencia hacia el entorno.	Ver la actividad fuera de casa como continuidad del hogar como carga adicional. También existe el reclamo femenino de unificar la profesión y el hogar.

Espacio privado	Espacio de relaciones sustentadas en un sentimiento subjetivo de pertenencia común de los involucrados.	Lugar donde se condensa la vida y la existencia siendo la gran hazaña cultural de la mujer su constitución y permanencia.	Espacio idóneo para el obrar hacia contenidos personales tanto de hombres como mujeres. En este espacio la mujer se debate entre el querer y el deber, entre realizarse plenamente o cumplir los cánones morales burgueses de atender la maternidad, el matrimonio y las labores domésticas.
Hogar-doméstico	Comunidades domésticas imperantes en épocas pre-industriales en el que la relación personal prevalecía entre los individuos.	Representa un momento en la vida de sus participantes que posteriormente trascenderán. También representa un módulo en que todos los contenidos vitales reciben su forma típica.	Escisión constitutiva entre una esfera afectiva y un espacio mecánico que sustituye las cosas manuales por la eficiencia. Expulsión de la mujer del hogar.
Plaza Ë Fábrica	Dominación del derecho/relaciones impersonales. Ética de la retribución.	Especialización/ actitud de reserva.	Participación de la mujer en la fábrica y la plaza en dos sentidos: formar parte de la masa trabajadora en condiciones de precariedad económica y; ejercer una profesión orientada a los servicios a los demás. Servicio dirigido a lo vivo y no a las cosas.
Ética		Dimensión del Mínimo ético.	Perspectiva de la integridad ética.

Fuente: Elaboración propia.